

epigramáticos, se adaptaban especialmente á la improvisación de un sentimiento único. Todo hombre, cualquiera que fuese su educación, era un poeta ó un poetastro. No era poco frecuente ver á un soldado, durante una marcha, detenerse, sacar de su faja los utensilios de escribir y componer una oda; y esos papeles se encontraban después en los cascos ó bajo las corazas, al quitar éstas de los cuerpos exánimes que las vestían.

Lo que en Europa ha hecho el Cristianismo para despertar la compasión en medio de los horrores de la guerra, lo ha hecho en el Japón el amor á la música y á la literatura. El cultivo de los sentimientos tiernos produce la consideración hacia los dolores ajenos. La modestia y la complacencia, producidas por el respeto á los sentimientos de los demás, son la raiz de la

CORTESÍA,

esa cortesía y urbanidad de maneras que todo turista extranjero ha observado como un característico rasgo japonés. La cortesía es una pobre virtud, cuando sólo la motiva el miedo de ofender el buen gusto, debiendo ser la manifestación externa de una consideración simpática hacia los sentimientos de los demás. Implica también un debido respeto á la adecuación de las cosas, y, por consiguiente, un respeto á las posiciones sociales; porque estas últi-

mas no expresan distinción plutocrática, sino que fueron en su origen distinciones de mérito positivo.

En su forma superior, la cortesía casi se confunde con el amor. Podemos decir, sin irreverencia, que la cortesía «sufre largo tiempo y es generosa; no envidia, no se envanece, no se engríe, no comete inconveniencias, no es egoísta, no es fácil á la provocación, desoye el mal». ¿Es maravilla que el profesor Dean, al hablar de los seis elementos de la Humanidad, conceda á la cortesía un puesto elevado, siendo ella el fruto más maduro del trato social?

Cuando así alabo la cortesía, está muy lejos de mi ánimo colocarla en la primera línea de las virtudes. Si la analizamos, encontraremos que es correlativa con otras virtudes de grado superior, porque ¿qué virtud hay que esté aislada? Mientras que—ó mejor dicho, porque—se le rendía homenaje como peculiar á la profesión de las armas, y, por tanto, se estimaba en un grado más alto del que merece, se produjeron sus imitaciones. Confucio mismo ha enseñado con insistencia que las exterioridades forman tan poca parte de la cortesía como los sonidos de la música.

Cuando la corrección llegó á ser el *sine qua non* del trato social, era de esperar que se pusiese en boga un sistema complicado de etiqueta para instruir á la juventud en una conducta social correcta. Cómo debe uno inclinarse al encontrarse con

otros, cómo debe andar y sentarse, eran cosas que se enseñaban y aprendían con el mayor cuidado. Las maneras en la mesa se elevaron á la categoría de ciencia. El modo de servir y beber el té constituyó una ceremonia. Un hombre de educación está, desde luego, obligado á saber todo esto á fondo. Con mucha razón Mr. Veblen, en su interesante libro (1), llama á las conveniencias sociales «producto y exponente de la vida de las clases acomodadas».

He oído á algunos europeos hacer observaciones desdeñosas sobre nuestra complicada disciplina de la cortesía. Se ha dicho, como crítica, que absorbe demasiada cantidad de nuestro pensamiento, y que, por consiguiente, es una necedad prestarle estricta obediencia. Admito que hay pequeñas innecesarias en la etiqueta ceremoniosa; pero no aparece muy claro á mi espíritu que tenga tanto de necedad como la sumisión á las modas, siempre cambiantes, de Occidente. Ni aun las modas las considero como meros caprichos de la vanidad; por el contrario, pienso que son la aspiración incesante del espíritu humano hacia la belleza. Mucho menos considero las ceremonias complicadas como meramente triviales, porque denotan el resultado de una

(1) *Theory of the Leisure Class*, Nueva York, 1899, página 46.

larga observación de los métodos más adecuados para llegar á cierto resultado. Supuesto que hay que hacer una cosa, no cabe duda de que habrá una manera mejor que otras para hacerla, y la mejor manera será la más económica y, á la vez, más graciosa. Spencer define la gracia como la manera más económica del movimiento. La ceremonia del té prescribe ciertos modos determinados de manejar una taza, una cuchara, una servilleta, etc. Para un novicio todo esto es aburrido. Pero pronto descubrimos que el modo prescrito es, en realidad, el que ahorra más tiempo y trabajo; en otras palabras, el uso más económico de la fuerza: por consiguiente, según la definición de Spencer, el más gracioso.

La trascendencia espiritual de las fórmulas sociales (ó podríamos decir, usando la fraseología de la «Filosofía del traje», la disciplina espiritual de la cual la etiqueta y la ceremonia no son sino meras vestiduras), no guarda proporción con lo que su apariencia nos hace creer. Podría seguir el ejemplo de Spencer, señalando á nuestras instituciones ceremoniales sus orígenes y los motivos morales que las produjeron; pero no es este el objeto del presente libro. Lo que importa hacer ver es la enseñanza moral que encierra la observación estricta de la corrección.

He dicho ya que la etiqueta dió reglas para las más bellas minuciosidades, hasta el punto de que

se produjeron distintas escuelas que patrocinaban distintos sistemas. Pero todas se unieron en lo más esencial, que expresó en los siguientes términos el gran expositor de la más conocida escuela de etiqueta, la Ogasawara: «El fin de toda etiqueta es cultivar el espíritu, de tal suerte que, aun cuando estéis tranquilamente sentados, ni el rufián más grosero pueda atreverse á poner la mano sobre vuestra persona». Quiere esto decir, en otras palabras, que por el constante ejercicio de las maneras correctas se pueden mantener todas las partes y facultades del cuerpo en tal orden, en tal armonía consigo mismas y con el medio, que demuestren el imperio del espíritu sobre la carne misma, viniendo así á dar un nuevo y profundo significado de la palabra francesa *bienséance* (1).

Si es cierta la premisa de que la verdadera gracia significa economía de fuerza, será consecuencia lógica que una práctica constante de movimientos graciosos debe traer consigo una economía y una reserva de fuerzas. Las bellas maneras, pues, significan poder en reposo. Cuando los bárbaros galos, durante el saqueo de Roma, hicieron irrupción en el Senado y se atrevieron á tirar de las barbas á los venerables Padres, creemos que los ancianos tuvieron gran culpa de ello, porque les faltaron la dignidad y la energía en las maneras. ¿Es posible

(1) Etimológicamente *acto de estar bien sentado*.

llegar á la mayor perfección espiritual por medio de la etiqueta? ¿Por qué no? Por todas partes se va á Roma.

Por vía de ejemplo de cómo la cosa más sencilla puede convertirse en un arte y formar parte de la cultura espiritual, hablaré del *Cha-no-yu*, la ceremonia del té. ¡El acto de tomar el té, una de las bellas artes! ¿Por qué no ha de serlo? En los dibujos que un niño traza sobre la arena, en el bulto grosero que un salvaje talla en la roca, está la promesa de un Rafael ó de un Miguel Angel. ¿No hay más motivos para que la bebida de un brebaje, que comenzó con la contemplación trascendental de un anacoreta indo, tenga derecho á convertirse en servidora de la Religión y de la Moral? Esa calma del espíritu, esa serenidad de humor, esa compostura y tranquilidad de maneras, que son los primeros requisitos del *Cha-no-yu*, son, sin duda, también las primeras condiciones de un recto juicio y de un honrado sentimiento. La escrupulosa limpieza de la pequeña habitación, apartada de la vista y el ruido de la multitud que marea, induce por sí sola á que dirijamos nuestros pensamientos fuera del mundo. El interior, desnudo de muebles, no cansa nuestra atención como las innumerables pinturas y objetos diversos de un salón occidental; la presencia del *Kakemono* (1) llama nuestra atención más á la gra-

(1) Cuadro decorativo, alto y estrecho, armado y sus-

cia del dibujo que á la belleza del color. El fin perseguido es el mayor refinamiento de gusto posible; todo lo que pueda parecer ostentación se proscribe con religioso horror. El hecho mismo de que la ceremonia fuese ideada por un solitario contemplativo, en un tiempo en que las guerras y los rumores de guerra eran incesantes, es bastante elocuente para demostrar que esta institución era algo más que un pasatiempo. Antes de entrar en el tranquilo recinto destinado á sala de té, la sociedad reunida para participar de la ceremonia, deponía, juntamente con sus espadas, la ferocidad del campo de batalla ó los cuidados del gobierno, para no encontrar allí más que paz y amistad.

El *Cha-no-yu* es más que una ceremonia: es un arte bella; es poesía, con gestos articulados en vez de ritmo; es un *modus operandi* de la disciplina del alma. Su mayor valor está en este último aspecto. Con no poca frecuencia los otros aspectos preponderaron en el espíritu de sus devotos; pero esto no prueba que su esencia no fuese espiritual en el fondo.

La cortesía es una gran adquisición, aunque no hiciera más que dar gracia á las maneras; pero su función no acaba aquí. Porque la corrección, na-

pendido á la manera de los mapas murales, y que contiene pinturas ó ideogramas.

ciendo por motivos de benevolencia y modestia, y desarrollándose por sentimientos tiernos para con la sensibilidad de los demás, es siempre una expresión graciosa de simpatía. Su condición es que lloremos con los afligidos y nos regocijemos con los alegres. Esta exigencia didáctica, cuando está limitada á los pequeños detalles de la vida ordinaria, se manifiesta en ligeros actos apenas perceptibles, ó que, si se advierten, son, como me dijo en cierta ocasión una señora misionera que llevaba veinte años de residencia en el Japón, «excesivamente cómicos». Camináis bajo un sol abrasador, sin nada que os dé sombra; pasa á vuestro lado un conocido, japonés; os detenéis á hablarle, é inmediatamente se quita el sombrero: hasta aquí todo es natural; pero lo «excesivamente cómico» es que, todo el tiempo que está hablando con vosotros el japonés, tiene su sombrilla baja, y está recibiendo el sol abrasador. ¡Qué tontería!—En efecto, una gran tontería si su motivo no fuese éste: «Usted está al sol; yo siento simpatía por usted; de buena gana le cubriría á usted con mi quitasol, si éste fuese bastante grande ó si yo tuviese bastante confianza con usted; como no puedo darle sombra, debo compartir con usted las molestias». Ligeros actos de este género, igualmente ó más divertidos, no son meros gestos ó convencionalismos. Son la materialización de los sentimientos cuidadosos del bienestar de los demás.

Nuestros cánones de cortesía prescriben otra costumbre «excesivamente cómica»; pero muchos escritores superficiales sobre cosas del Japón la han dejado á un lado, atribuyéndola simplemente á la inversión general de las cosas japonesas. Todo extranjero que lo ha observado confesará la dificultad que ha sentido para contestar oportunamente. En América, cuando se hace un regalo, el que lo hace entona sus alabanzas al que lo recibe; en Japón lo depreciamos ó hablamos mal de él. La idea subyacente en el americano es: «Este es un buen regalo; si no fuera bueno no se lo haría á usted, porque sería un insulto dar á usted algo que no fuese bueno.» En contraste con esto, nuestra lógica dice: «Usted es una persona de mucho valor y no habrá regalo bastante valioso para usted. No aceptará usted nada que yo pueda ofrecerle, sino como muestra de mi buena voluntad; sírvase usted, pues, aceptarlo, no por su valor intrínseco, sino como testimonio de mis sentimientos. Sería un insulto á lo que usted vale, decir que el mejor regalo es digno de usted». Colocad ambas ideas juntas y veréis que fundamentalmente son la misma. Ni una ni otra son «excesivamente cómicas.» El americano habla del material que forma el regalo; el japonés del espíritu que lo informa.

Para concluir, es poco leal razonamiento aprovechar que nuestro espíritu de corrección se muestra en las más pequeñas ramificaciones de nuestra

conducta, tomar la menos importante de todas mostrándola como tipo y emitir juicio acerca del principio mismo. ¿Qué es más importante, comer, ú observar las reglas de corrección en la comida? Un sabio chino responde: «Si tomáis un caso en que el comer es absoluta y únicamente importante y el observar las reglas de corrección es de poca importancia, y comparáis las dos cosas ¿por qué habéis de decir que el comer es lo más importante?» «El metal es más pesado que las plumas»; pero ¿se refiere esta afirmación á una sola partícula de metal y á un carro lleno de plumas? Tomad un pedazo de madera de un pie de largo y levantadlo sobre el pináculo de un templo: nadie dirá que la madera es más alta que el templo.

Se dice que á la pregunta: «qué es más importante, decir la verdad ó ser cortés?», los japoneses dan una respuesta diametralmente opuesta á la que daría un americano; pero suspendo todo comentario para hablar de la

VERACIDAD,

sin la cual la cortesía es una farsa y una apariencia. «La corrección llevada más allá de los límites debidos», dice Masamune, «se convierte en mentira.» Un antiguo poeta se ha anticipado á Polonio cuando dice: «Sé veraz contigo mismo; si no apartas tu corazón de la verdad, sin necesidad de oración los

Dioses te recibirán en su seno.» La apoteosis de la Sinceridad que Tsu-tsu expresa en la *Doctrina de la bajeza*, atribuye á esa virtud facultades sobrenaturales, identificándolas casi con las divinas. «La sinceridad es el fin y el principio de todas las cosas; sin ella no existiría nada.» Habla después con elocuencia de su naturaleza trascendental y duradera, de su facultad de producir cambios sin movimiento y de realizar sin esfuerzo, por sola acción de presencia, sus fines. El ideograma chino de la sinceridad, que es una combinación de «palabra» y «perfecto», nos convida á establecer un paralelo entre ella y la doctrina platónica del *Logos*; á tal altura se remonta el sabio en su extraordinario vuelo místico.

La mentira ó el equívoco se consideraban igualmente viles. El bushi sostenía que su elevada posición social demandaba un grado de veracidad superior al del comerciante y el campesino. *Bushino ichi-gon* (la palabra del samurai, ó en un equivalente exacto, en alemán *ein Ritterwort*) era garantía suficiente de la veracidad de una afirmación. Su palabra llevaba consigo tal peso, que las promesas se hacían de ordinario, y se cumplían, sin documento escrito, que se habría considerado inferior á su dignidad. Se contaban muchas curiosas anécdotas de los que expiaron con la muerte el *ni-gon*, la palabra doble.

El respeto á la veracidad fué tan grande que, á

diferencia de la generalidad de los cristianos, tan pertinaces en violar la orden que claramente dió el Maestro, de no jurar, los mejores entre los samurai consideraban el juramento como una pérdida de honor. Bien sé que juraban por diferentes divinidades ó sobre su honor; pero nunca degeneró el juramento en una fórmula vana y en una interjección irreverente. Para dar importancia á las palabras se recurrió algunas veces á la costumbre de sellar literalmente con sangre. Para explicar esta costumbre no necesito sino remitir á mis lectores al Fausto de Goethe.

Un moderno escritor americano es responsable de la afirmación de que, si preguntáis á un japonés cualquiera qué es mejor, decir una falsedad ó ser descortés, no dudará en responderos: «¡decir una falsedad!» El doctor Peery (1) tiene razón en parte, y en parte no la tiene; es justo en decir que un japonés cualquiera, incluso samurai, puede contestar del modo que se le atribuye; pero no lo es en atribuir tanto sentido á la palabra que traduce por «falsedad». Esa palabra (en japonés *uso*) se emplea para denotar una cosa que no es verdad (*makoto*) ó realidad (*honto*). Lowell nos dice que Wordsworth no podía distinguir entre verdad y realidad, y un japonés, en esto, es igual á Wordsworth. Preguntad á un japonés, y hasta á un americano de algún

(1) Peery, *The Gist of Japan*, p. 86.

refinamiento, si le sois antipático, ó si le duele el estómago, y no vacilará en decir falsedades y en contestar «me es usted muy agradable», ó «estoy bien, muchas gracias.» Faltar á la verdad por pura cortesía era considerado como una fórmula vana (*kyo-rei*), y el «engaño con palabras dulces» no se justificaba en modo alguno.

Aunque ahora estoy hablando de la idea de veracidad del Bushido, no será extemporáneo dedicar algunas palabras á nuestra integridad comercial, de la cual he leído tantas quejas en libros y periódicos extranjeros. Ciertamente que una moralidad poco rígida en los negocios ha sido la peor mancha en nuestra reputación nacional; pero antes de calumniarla ó de condenar precipitadamente por causa de ella á toda la raza, estudiémosla con calma y quizá nos veamos recompensados con un consuelo para el porvenir.

De todas las profesiones de la vida, ninguna estaba más alejada de la profesión de las armas que la del comercio. El comerciante estaba clasificado en el grado inferior de las profesiones: guerrero, labrador, artesano, comerciante. El samurai obtenía sus rentas de la tierra y hasta podía permitirse, si lo tenía á bien, ser labrador aficionado; pero el contador y el aparato de calcular eran mirados con horror. Conocido es el fondo de sabiduría de esta distribución social. Montesquieu ha mostrado claramente que el disociar la nobleza y las empresas

mercantiles era una admirable política social, en cuanto impedía que la riqueza se acumulase en manos de los poderosos. La separación del poder y la riqueza hizo que la distribución de la última fuese relativamente más equitativa. El profesor Dill, autor de «La sociedad romana en el último siglo del Imperio de Occidente», nos ha hecho ver que una de las causas de la decadencia del Imperio Romano fué el permiso dado á la nobleza para que se dedicasen al comercio y el subsiguiente monopolio de la riqueza y el poder por una minoría de familias senatoriales.

El comercio, pues, en el Japón Feudal, no alcanzó el grado de desarrollo á que habría llegado en condiciones de mayor libertad. La nota infamante inherente al oficio produjo como consecuencia natural el que los comerciantes se preocuparan poco de su reputación social. «Llamad á un hombre ladrón y acabará por robar»; poned un estigma á una profesión y sus individuos ajustarán á él su moralidad, porque es natural que «la conciencia normal», como dice Hugo Black, «se eleve todo lo que se exija de ella, y caiga con facilidad al límite del nivel que de ella se espera.» Inútil es añadir que ningún negocio, comercial ó no, puede tratarse sin un código de moral. Nuestros comerciantes de los tiempos feudales tenían uno para su uso, sin lo cual jamás podrían haber desarrollado instituciones mercantiles tan fundamentales como los

gremios, los bancos, la bolsa, los seguros, las letras de cambio, etc.; pero en sus relaciones con las personas ajenas á su profesión, los comerciantes vivían demasiado fieles á su reputación.

En estas condiciones, cuando el país se abrió al comercio exterior, sólo los más aventureros y poco escrupulosos se establecieron en los puertos, mientras que las casas de negocios respetables se negaron por algún tiempo á las repetidas invitaciones de las autoridades á que estableciesen sucursales. ¿Fué impotente el Bushido para detener la corriente de deshonor comercial? Veámoslo.

Los que conozcan bien nuestra historia recordarán que pocos años después de abrirse nuestros puertos al comercio exterior, se abolió el feudalismo, y cuando, en consecuencia, los feudos de los samurai fueron nacionalizados, dando á sus antiguos dueños bonos como indemnización, se les permitió que invirtieran este capital en empresas mercantiles. Podrá ahora preguntarse: «¿Por qué no llevaron á los negocios su tan decantada veracidad, reformando así los antiguos abusos?» Quien tenga ojos para ver no llorará bastante, quien tenga corazón para sentir no simpatizará bastante con la suerte de tantos y tantos nobles y honrados samurai como fracasaron manifiesta é irrevocablemente en su nuevo y extraño campo del comercio y la industria, por su completa falta de malicia para competir con sus arteros rivales plebeyos. Cuando sa-

bemos que ochenta por ciento de las casas de negocios fracasan en un país tan comercial como América, ¿qué tiene de extraño que apenas uno entre ciento de los samurai que se dedicaron al comercio pudiese triunfar en su nueva carrera? Mucho tiempo pasará antes de que sepamos cuántas fortunas se perdieron en esta tentativa de aplicar la ética del Bushido á los métodos comerciales; pero pronto vió todo espíritu observador que los caminos de la riqueza no eran los mismos del honor. ¿En qué concepto, pues, eran diferentes?

De los tres móviles de la veracidad que enumera Lecky, á saber, el industrial, el político y el filosófico, el primero faltaba completamente en el Bushido. En cuanto al segundo, escasamente podía desarrollarse en una comunidad política dominada por el régimen feudal. En el aspecto filosófico, el más elevado, al decir de Lecky, es donde la Honradez alcanzó alto rango en el catálogo de nuestras virtudes. Con todo mi mayor respeto á la alta integridad comercial de la raza anglo-sajona, cuando pregunto por el primer principio, se me dice que «la honradez es la mejor política», que el ser honrado *produce*. Luego ¿es que la recompensa de la virtud no es la virtud misma? Si se la obedece porque da más dinero que la falsedad, temo mucho que el Bushido se inclinara con preferencia á la mentira.

Si el Bushido rechaza una doctrina de recom-

piensas *quid pro quo*, el comerciante más avisado la aceptará al momento. Lecky ha observado muy exactamente que la veracidad debe en gran parte su desarrollo al comercio y á la industria; según la expresión de Nietzsche, «la honradez es la más joven de las virtudes»: en otras palabras, es el hijo de leche de la industria, de la moderna industria. Sin esta madre, la veracidad era como un huérfano de sangre azul, que sólo los espíritus más refinados podían adoptar y criar. Semejantes espíritus eran comunes entre los samurai, pero por falta de una nodriza más democrática y utilitaria, la tierna criatura no pudo desarrollarse. Al progresar las industrias, la veracidad aparecerá como una virtud de práctica fácil y hasta provechosa. Ved una prueba: no más lejos que en Noviembre de 1880, Bismark envió una circular á los cónsules de carrera del Imperio alemán, advirtiéndoles una «lamentable falta de buena fe en los cargamentos alemanes *inter alia*, falta relativa tanto á la calidad como á la cantidad»; hoy día se habla relativamente poco de que el comercio alemán no sea cuidadoso y honrado; en veinte años los comerciantes aprendieron que á la larga la honradez produce. Ya los nuestros comienzan á aprenderlo también. Por lo demás, recomiendo al lector á dos escritores recientes por su bien pesado juicio en este asunto (1). Es in-

(1) Knapp, *Feudal and Modern Japan*, vol. I, cap. IV. Ransome, *Japan in transition*, cap. III.

teresante notar á este propósito que la integridad y el honor eran las más seguras garantías que hasta comerciantes deudores podían ofrecer en forma de notas promisorias. Era cosa corriente insertar cláusulas como las siguientes: «En caso de faltar al pago de la suma que me ha sido prestada, no me opondré á ser ridiculizado públicamente», ó «en caso de no pagar á usted la deuda, podrá usted llamarme imbécil», etc.

Muchas veces he pensado si la veracidad del Bushido tendría algún motivo más elevado que el valor. En ausencia de toda exigencia positiva contra la emisión de un falso testimonio, el mentir no se condenaba como una maldad, sino que se señalaba meramente como debilidad, y, en este concepto, se estimaba sumamente deshonrosa. Evidentemente, la idea de honradez está tan íntimamente unida, incluso en su etimología latina y germánica, con el

HONOR,

que ya es tiempo que me detenga unos momentos en el examen de este capítulo de los Preceptos de la Caballería.

El sentimiento de honor, que implica una conciencia clara de la dignidad y el merecimiento personal, no podía faltar entre los caracteres del samurai, nacido y educado en la estimación de los de-

beres y privilegios de su profesión. Aunque la palabra empleada hoy día ordinariamente como traducción de «honor», no era de uso corriente, la idea se expresaba en palabras tales como *na* (nombre), *men-moku* (fisonomía), *guai-bun* (audición externa), recordándonos, respectivamente, el uso bíblico de «nombre», la evolución de la palabra «personalidad», procedente de la máscara griega, y la «fama». Dado por supuesto un buen nombre (la reputación, la parte inmortal del yo, en contraposición al resto, que es bestial), cualquier infracción de su integridad se sentía como una vergüenza, y el sentimiento de vergüenza (*Ren-chi-shin*), era uno de los más cultivados en la educación juvenil. «Se reirán de tí», «esto te pondrá en ridículo», «¿no te da vergüenza?», eran el último recurso para traer á buena conducta á un joven delincuente. Esta apelación al honor tocaba el punto más sensible en el corazón del niño, como si se hubiera nutrido con honor mientras estaba en el vientre de su madre; lo más probable, en efecto, es que el honor sea un influjo pre-natal, estando estrechamente unido á la conciencia firme de las relaciones de familia. «Al perder la solidaridad de las familias, dice Balzac, la sociedad ha perdido la fuerza fundamental que Montesquieu llamó Honor». Sin duda, el sentimiento de vergüenza me parece que es la primera indicación de la conciencia moral de nuestra raza. El primero y más duro castigo que la huma-

nidad padeció por haber saboreado «el fruto del árbol prohibido», fué, á mi entender, no el dolor del parto, ni las espinas y cardos, sino el despertar del sentimiento de vergüenza. Pocos incidentes en la historia son más patéticos que la escena de la primera madre cosiendo con pecho palpitante y trémulos dedos las pocas hojas de higuera que su abatido compañero cogiera para ella. Este primer fruto de la desobediencia está adherido á nosotros con una tenacidad sin igual. Todo el ingenio sartorial de la humanidad no ha conseguido todavía coser un delantal que oculte eficazmente nuestro sentimiento de vergüenza. Razón tenía aquel samurai que se negaba á comprometer su buen nombre por una ligera humillación en su juventud; «porque—decía—el deshonor es como una cortadura en un árbol: el tiempo, en vez de borrarla, la hace mayor».

Mencio había enseñado siglos antes, en una frase casi idéntica, lo que Carlyle ha expresado más tarde, á saber: que «la vergüenza es el solar de todas las virtudes, de las buenas maneras y de la buena moral».

El temor al descrédito era tan grande que, si nuestra literatura carece de la elocuencia que Shakespeare puso en boca de Norfolk, no por eso dejó de estar suspendido, como espada de Damocles, sobre la cabeza de los samurai, y á veces tomó un carácter morboso. En nombre del honor se perpe-

traron hechos que no pueden hallar justificación en el código del Bushido. Al más ligero y aun imaginado insulto, cualquier valentón de genio vivo se daba por ofendido y echaba mano á la espada, produciendo más de un conflicto innecesario y perdiendo más de una vida inocente. La historia de que un buen ciudadano advirtió á un bushi que llevaba una pulga en la espalda y fué inmediatamente cortado en dos, por la simple y cuestionable razón de que, alimentándose las pulgas con sangre de animales, era imperdonable insulto identificar á un noble guerrero con una bestia; esta historia, digo, y otras semejantes, son demasiado frívolas para ser creídas. Sin embargo, la circulación de tales fábulas indica tres cosas: 1.^a, que fueron inventadas para atemorizar al vulgo; 2.^a, que realmente se abusaba de la profesión de honor de los samurai; y 3.^a, que había entre ellos un sentimiento muy desarrollado de vergüenza. Evidentemente no es leal tomar un caso normal para abominar de los Preceptos, como lo sería juzgar los preceptos de Cristo por los frutos del fanatismo y de la extravagancia religiosa: inquisiciones é hipocresía. Pero así como en la monomanía religiosa hay algo noble que conmueve, comparado con el delirium tremens de un alcoholizado, así también en esta extremada sensibilidad del samurai, en lo que toca á su honor, reconocemos el substratum de una genuina virtud.

Los excesos morbosos en que el delicado código del honor era propenso á incurrir, estaban suficientemente contrarrestados por la predicación de la magnanimidad y la paciencia. Ofenderse por una ligera provocación se consideraba ridículo, como una prueba de carácter mezquino. Un adagio popular reza: «La verdadera paciencia consiste en soportar lo que nos parece insoportable.» El gran Iyeyasu dejó á la posteridad unas cuantas máximas, entre las cuales están las siguientes: «La vida del hombre es como una larga marcha con una carga pesada sobre los hombros. No nos apresuremos... No culpemos á nadie, pero vigilemos siempre nuestras propias faltas... La paciencia es la base de una larga vida.» Él mismo demostró con su vida lo que predicaba. Un espíritu literario ha puesto un epigrama característico en boca de tres personajes muy conocidos de nuestra historia: á Nobunaga atribuye: «mataré al ruiseñor, si no canta á tiempo»; á Hideyoshi: «le obligaré á que cante para mí»; á Iyeyasu: «esperaré hasta que quiera cantar.»

La paciencia y el prolongado sufrimiento fueron también muy recomendados por Mencio. En un lugar escribe á este propósito: «Aunque te desnudes y me insultes ¿qué me importa? No podrás manchar mi alma con tu ultraje». En otro sitio dice que la ira provocada por una ofensa insignificante es indigna de un hombre superior, pero que

la indignación por un gran motivo es una cólera justa.

Hasta qué grado de pacífica é irresistible humildad podía llegar el Bushido en algunos de sus adeptos, puede juzgarse por sus palabras. Tomemos como ejemplo esta frase de Ogawa: «Cuando otros digan toda suerte de cosas malas contra tí, no devuelvas mal por mal, sino más bien reflexiona que no eras fiel en el cumplimiento de tus deberes». Veamos otra de Kumazawa: «Cuando otros te condenen, no los condenes; cuando otros estén airados contra tí, no les pagues con ira; la felicidad no llega hasta que se marchan la pasión y el deseo». Todavía citaré otro ejemplo de Saigo, sobre cuyas prominentes cejas «la vergüenza misma se avergüenza de parecer». «El único Camino es el camino del Cielo y de la Tierra: el deber del hombre es seguirlo; por consiguiente imponte como objeto de tu vida adorar al Cielo: el cielo te ama á tí con el mismo amor que á los demás: por consiguiente, tú debes amar á los demás con el mismo amor que á tí mismo. No te asocies con el Hombre, sino con el Cielo, y asociándote con él obra lo mejor que puedas. No condenes á los demás; mira más bien si tú no faltas á tus deberes». Algunas de estas frases recuerdan las máximas cristianas, y nos muestran hasta qué punto pueden aproximarse en la moral práctica la religión natural y la revelada. Y estas frases no fue-

ron sólo palabras, sino que realmente encarnaron en actos.

Fuerza es reconocer que muy pocos alcanzaron este grado sublime de magnanimidad, paciencia y perdón. Es lástima que nada claro y general se expresara en cuanto á lo que constituye el honor; y que sólo unos pocos espíritus iluminados reconocieran que «no nace de ninguna condición», sino que está en el fondo de todo el que cumple con su deber: porque era cosa fácil que los jóvenes olvidasen en el calor de la acción lo que habían aprendido en Mencio en sus momentos de calma. Dijo este sabio: «Amar el honor es una cualidad del espíritu de todo hombre; pero pocos imaginan que lo verdaderamente honorable está dentro de ellos, y no en ninguna otra parte. El honor que los hombres confieren no es verdadero honor. Aquellos á quienes Cháo el Grande ennoblece, pueden ser después envilecidos por él».

Por regla general un insulto hería rápidamente y era contestado con la muerte, como veremos después, porque el honor (con frecuencia no superior á la vanagloria ó á la aprobación verbal) se apreciaba como el *summum bonum* de la existencia terrenal. La fama, no la riqueza ni la ciencia, era la meta á que todos los jóvenes debían aspirar. Más de un muchacho juró en su interior, al salir de los umbrales de la casa paterna, no volver á pisarlos hasta haber conquistado un nombre en el mundo;

y más de una madre ambiciosa se negó á ver de nuevo á sus hijos si no «volvían á casa», según dice la expresión, «cubiertos de brocado». Para evitar la vergüenza ó conquistar un nombre, los muchachos samurai serían capaces de someterse á cualquier privación y á las más rudas pruebas de sufrimiento corporal ó mental. Sabían que el honor ganado en la juventud crece con la edad. En el memorable sitio de Osaka, un hijo de Iyeyasu, á pesar de sus súplicas para que le colocasen en la vanguardia, fué obligado á ocupar un puesto en la retaguardia del ejército. Cuando se rindió el castillo estaba tan triste y lloraba tan amargamente, que un anciano consejero trató de consolarle con todos los recursos de que disponía. «Tranquilizáos, señor», decía, «pensando en el largo porvenir que os espera. En los muchos años que viviréis se os ofrecerán numerosas ocasiones de distinguiros». El muchacho fijó su vista indignada sobre el anciano y le dijo: «¡Qué neciamente habláis! ¿Podré acaso volver á cumplir los catorce años?»

La vida misma se consideraba despreciable si con ella se podían obtener el honor y la fama: de aquí que cuando se ofrecía una causa que se consideraba de más valor que la vida, se sacrificaba ésta con la mayor serenidad y rapidez.

Entre las causas á cuyo lado no era caro el sacrificio de la vida, figuraba

EL DEBER DE LEALTAD,

piedra angular que hacía de las virtudes feudales un arco simétrico. Las demás virtudes de la moral feudal son comunes á otros sistemas de ética, á otras clases de gentes; pero esta virtud (homenaje y fidelidad á un superior) es su carácter distintivo. No ignoro que la fidelidad personal es una adhesión moral que existe en todas las clases y condiciones humanas: hasta una banda de rateros presta obediencia á un jefe; pero sólo en el código del honor caballeresco es donde la lealtad toma una importancia capital.

A pesar de la crítica de Hegel, según la cual la fidelidad de los vasallos feudales, siendo obediencia á un individuo y no á una comunidad, es un lazo establecido sobre principios absolutamente injustos (1), un gran compatriota suyo se gloriaba de que la lealtad personal fuese una virtud germánica. Bismark tenía buenas razones para hacerlo, no porque el *Treue* que él alaba haya sido monopolio de su Patria ni de ninguna otra nación ó raza, sino porque este fruto favorito de la caballería duró más en el pueblo donde el feudalismo ha sido más largo. En América, donde «cada uno

(1) *Philosophy of History* (trad. ingl. por Sibree), parte IV, sec. II, cap. I.